



EN PRECIOS DE
{ la quimera }



NEWMAN *y la* *universidad* *liberal*

LINA MARÍA AGUIRRE JARAMILLO

El cardenal John Henry Newman (1801-1890), converso del anglicanismo al catolicismo, Beato desde 2010 por gracia del Papa Benedicto XVI, dedicó una considerable parte de su vida a pensar, escribir y argumentar sobre la educación; particularmente, sobre la educación en la universidad, una institución que conoció profundamente, cuya razón de ser defendió durante muchos años y en muchas páginas, a pesar de que, entre los claustros, no le fue siempre bien: de estudiante en Oxford, en uno de sus colegios más célebres, Trinity College (fundado en 1555), al llegar la hora del examen final en *Classics* (estudio de la antigüedad clásica) y después de no haber pasado los ensayos matemáticos, la angustia lo hizo derrumbarse y se graduó apenas con un título de segundo grado (*second class degree*). Consiguió luego ser elegido miembro (*fellow*) en otro distinguido colegio de Oxford, Oriel College, en 1822. Sin embargo, una disputa con el director sobre el sistema tutorial personalizado profesor-alumno que Newman defendía hizo que le quitaran la tutoría y las funciones de dictar clase. Se dedicó a estudiar los Padres de la Iglesia. Renunció a su *fellowship* en 1848 y no pudo cumplir a cabalidad el sueño de “vivir y morir como *fellow* de Oriel”, que por ese entonces era considerado “el objeto de ambición, el centro intelectual” de la famosa institución. En 1852 viajó a



Dublín, en donde asesoró a la iglesia católica irlandesa en la obra de la nueva *Irish Catholic University* pero diferentes controversias con la clerecía, con autoridades, con grupos laicos, persecuciones, pleitos legales y decepciones de algunas personas de su confianza hicieron que su rectoría terminase en fracaso y no pudiese llevar a cabo su otro sueño de ver en realidad la universidad liberal auténtica que él se había esmerado tanto en fundar.

“El centro de la excelencia”, en donde el intelecto puede explorar y especular con seguridad, con la confianza de “encontrar su par en alguna actividad antagonista y su juez en el tribunal de la verdad”; un lugar en donde “la indagación es estimulada, los descubrimientos verificados y perfeccionados, la precipitación se vuelve inocua, el error se expone por la colisión de mente con mente, conocimiento con conocimiento”. Así empezaba Newman respondiendo a la pregunta “¿Qué es una Universidad?”, y continuaba:

Es el lugar en el cual el profesor se vuelve elocuente, y es un misionario y un predicador, desplegando su ciencia en la forma más completa y convincente, derramándola con entusiasmo, y encendiendo su propio amor por ella en el pecho de quienes le escuchan. Es el lugar en el cual el catequista hace bien de la tierra que pisa, arando la verdad en la memoria preparada para ello, acuñándola y afianzándola en la razón que se expande. Es un lugar que se gana la admiración del joven por su celebridad, que aviva los afectos de aquel de mediana edad por su belleza y captura la atención del viejo por las asociaciones que despierta.

La universidad como una sede de la sabiduría, una luz del mundo, un ministerio de la fe, “un *Alma Mater* de la generación en crecimiento”. Newman advertía que era esto y más, y que exigía de alguna manera una “mente y una mano” mejores que las de él para describirla bien. No obstante, emprendió la misión, y pronunció una serie discursos en los

cuales presentó extensivamente su visión de aquel centro inigualable de excelencia que él se tomó tanto esfuerzo en imaginar, describir y explicar minuciosamente. Dichos discursos fueron pronunciados como antesala a la apertura de la Universidad Católica de Irlanda y publicados bajo el título de *Discourses on the Scope and Nature of University Education* en 1852. Una vez inició sus funciones de rector fundador, conferencias y ensayos suyos fueron compilados como *Lectures and Essays on University Subjects* en 1859. Ambas colecciones componen el volumen *The Idea of a University*, publicado en 1873.

Newman abarca con exigencia diversos asuntos de la educación universitaria, y tanto como se ocupa de los fundamentos teóricos, lo hace también con aspectos prácticos del quehacer en los claustros en la era victoriana. Pasados 145 años, el libro continúa siendo un clásico dentro y fuera de la academia. No es a menudo que altos prelados de la iglesia católica figuran por buenos motivos en el diario británico abiertamente secular *The Guardian* pero una nota de prensa del 20 de octubre 2010, a propósito de la discusión sobre “el alma de una universidad”, da un ejemplo de cómo las palabras del cardenal continúan siendo referencia de suma importancia en el razonamiento sobre la naturaleza y el propósito de esta institución de alrededor de 930 años de existencia en Occidente (si se tiene en cuenta Bolonia, en el año 1088 como la fundación más antigua). El texto de la autora Sophia Deboick también deja ver cómo algunos de los elementos de la crisis que ella menciona se reeditan en 2018, y no solamente en Gran Bretaña.

Recortes de presupuesto público destinado a las universidades (4,2 mil millones de libras esterlinas en aquel año 2010) y una creciente presión para que estuvieran más dirigidas hacia “el mercado” son temas álgidos del debate sobre la institución universitaria, que en estas primeras décadas del siglo XXI se enfrenta a cuestionamientos serios acerca de su rol en la “infantilización” y excesivo mimo de la mentalidad de los estudiantes, como argumentan, por ejemplo, los autores

Newman abarca con exigencia diversos asuntos de la educación universitaria, y tanto como se ocupa de los fundamentos teóricos, lo hace también con aspectos prácticos del quehacer en los claustros en la era victoriana.

Greg Lukianoff y Jonathan Haidt en su libro *The Coddling of the American Mind* publicado en 2018, y que pasa revista a los conflictos surgidos en campus a lo largo de los Estados Unidos (y otros países ya también) que se han llenado de los llamados en inglés *safe spaces*, espacios seguros y otras concesiones para jóvenes que se sienten afectados fácilmente ante cualquier idea que pueda ofender sus sensibilidades, bien sea en su dimensión social ampliada o en lo profundo de su ser, así que se apartan de eventos potencialmente ‘angustiantes’. Todo esto en detrimento de la ventilación clara y razonada de argumentos que se espera en un aula de clase. Se cuestiona también el rol que cumplen universidades en las cuales una sola forma de pensar, alimentada desde los años sesenta en adelante, se ha convertido en la “políticamente correcta” de tal manera que esta rige de manera autoritaria los temas y posturas aceptables en la academia, en escuelas de gobierno y política, pero también, especialmente, de las ciencias sociales y humanas. Está el reciente caso denominado “Sokal al cuadrado”, en el cual tres investigadores, Peter Boghossian, James Lindsay y Helen Pluckrose, expusieron la complacencia viciada de ciertas publicaciones académicas con artículos no científicos pero que “rimaban” con la “agenda de la victimización”, los llamados “*grievance studies*” que cubren, no de forma rigurosa, asuntos sobre comunidades tenidas como agraviadas por razones de género, origen étnico, social, postura ideológica u otra razón, en un caso que, arguyen los autores, alerta sobre la “corrupción” de la producción

académica ideologizada. Se habla también de nuevas “cazas de brujas” a académicos que no se suscriben a la agenda dominante de las llamadas políticas de identidad (de género, etnia, credo), independientemente de lo que ellos tengan para comprobar bajo claras premisas de investigación. Así mismo, están las controversias por la expansión burocrática en aras de supuesta eficiencia de los centros universitarios, que terminan sobrecargando de tareas absurdas a los académicos, a quienes la administración confunde con oficinistas; la proliferación de campañas “innovadoras” sin mucho peso pero sí publicidad, para dar a entender a los otrora estudiantes, hoy ‘clientes potenciales’, que una carrera tiene como fin único sumarse a la maquinaria productiva sin que haya que preocuparse por la formación del ser humano-alumno. Se cuestionan además las pedagogías que se deshacen descuidadamente de cualquier cosa que parezca “premoderna”; la “titulitis” crónica que padecen algunos países, el no resuelto divorcio entre ciencias y humanidades que amarga las relaciones entre departamentos de instituciones alrededor del mundo y un desdén por “los expertos” en favor de tecnicismos baratos o de populistas con ambición que hoy campean, con banderas de todos los colores, por ilustres palacios de gobierno. Con todo esto, sumado de nuevo a los presupuestos agujereados, tiene que enfrentar actualmente la universidad.

Newman no anticipó necesariamente este panorama, pero su profundo conocimiento del pasado le permitió sentar un precedente en el tiempo que vivió y, desde allí, desde su presente, dejar trazado un mapa para configurar el futuro posible de una universidad (a la cual siempre se refería con mayúscula inicial). Su abogacía era en favor de la “educación liberal”, un objetivo que él describe en términos de “*special Philosophy*” o “*Liberal or Philosophical Knowledge*”. Pero esto no significa impartir cursos de una especie de misteriosa *supra*

filosofía sino en que la educación propenda por la “filosofía de un intelecto imperial”. No en el sentido “imperialista” sino, como explica el Doctor Ian Ker, reconocido investigador de la vida, obra y pensamiento de John Henry Newman, en el sentido de una educación para “el cultivo real de la mente [...] el intelecto entrenado apropiadamente y formado para tener una visión conectada y entendimiento de las cosas”. El autor, reconociendo su grandilocuencia, indica que usa las palabras filosofía, conocimiento filosófico, ampliación de la mente e iluminación para referirse a la “perfección o virtud del intelecto”.

Un contenido crucial en los textos de Newman es el de la centralidad de las artes liberales en la educación universitaria, “reconocidas [...] por ser los mejores instrumentos del cultivo de la mente, y las mejores garantías del progreso intelectual”. Aquí, él hace alusión a las artes que se enseñaban en la universidad medieval:

gramática, retórica, lógica y matemáticas, que se subdividía a su vez en geometría, aritmética, astronomía y música, y reitera el conjunto como un soporte en el propósito de “reforzar, refinar y enriquecer los poderes intelectuales”. Él habla de los beneficios de explorar, por ejemplo, los textos de poetas, historiadores y filósofos de Grecia y Roma, pero también de conocer a los matemáticos. En el primer *pensum* de la Universidad Católica de Irlanda, los estudiantes —que podían ingresar a los dieciséis años— tenían que seguir un curso de dos años en estudios liberales, que pasaba por las letras del alfabeto griego, el latín, hasta las expresiones numéricas de la antigüedad y principios de ciencia. Él mismo había tenido que seguir

esa línea siendo estudiante en Oxford, cuando leyó a Platón y Aristóteles, así como a Euclides, Newton y otros nombres preeminentes de la filosofía natural, la precursora de la física.

Así que Newman no solamente hablaba de las artes liberales evocando las musas clásicas, sino que consiguió incorporarlas en su idea de universidad. Sin embargo, con cierta flexibilidad, del diálogo pasado-presente que mantuvo siempre vivo, incorporó en el *pensum* ciencia y teología que, así pueda sorprender hoy a algunos lectores desprevenidos —especialmente a aquellos muy posmodernos—, era una decisión no necesariamente predecible. El autor recalca que, en la universidad, no se trataba de clasificar las áreas de estudio para ver cuál contenía “más hechos maravillosos, o promesas de descubrimientos más brillantes, cuál tenía un rango más alto o bajo” sino, simplemente, “cuál proveía la disciplina más robusta y vigorizante para la mente no formada”. En ese sentido,

aclara Ker, teología, por ejemplo, era la rama de estudio “más importante desde el punto de vista del conocimiento”, pero no desde la educación. Proveía información necesaria para la prédica religiosa y la catequesis, y se incluía entre la lista de asignaturas, pero no era parte esencial de las artes liberales. De igual manera, Newman era cauto con la ciencia, tal y como estaba siendo integrada en las universidades en el siglo XIX: “un objetivo intelectual perfectamente respetable”, como resume Ker, aunque no un componente sustancial de la educación que exige un excelente cultivo de la mente, algo que no se podía impartir —como una sucesión de datos, hechos, fórmulas, versos— sino que se iba formando en



Biblioteca personal de Newman, residencia del Oratorio de Birmingham.

El Cardenal es explícito e insistente (casi, se disculpaba él, ‘hasta el cansancio’) en que la universidad es para la educación, en donde se “enseña el conocimiento universal”, el objetivo es intelectual, no moral.

un proceso de aprender a pensar cabalmente, lo cual se manifestaba, en el ideal de Newman, en el “buen sentido, sobriedad de pensamiento, razonabilidad, candor, auto-dominio, consistencia en la opinión”.

En cuanto a la literatura, Newman la consideraba igualmente otra materia componente de los estudios, cuyo conocimiento sacaba a la luz “la vida y vestigios del hombre [...] la manifestación de la naturaleza humana en el lenguaje” pero no un componente indispensable de la educación en el sentido que ya se ha descrito. Es necesario recordar además que él hablaba en el siglo XIX, tiempo de periódicos por doquier y de multiplicación de publicaciones editoriales. No se oponía a una ampliación más masiva del acceso a información, sino que advertía que esto no equivalía a educación, como la aparición de “trabajos científicos y literarios baratos” era solamente una difusión del llamado “conocimiento general” superficial.

A lo largo de las más de cuatrocientas páginas que comprenden el libro completo, el cardenal es explícito e insistente (casi, se disculpaba él, “hasta el cansancio”) en que la universidad es para la educación, en donde se “enseña el conocimiento universal” y el objetivo es intelectual, no moral. Esto iba bien dirigido a una buena parte de su audiencia: la jerarquía católica irlandesa. ¿Quería esta, realmente, una universidad? O, más bien, para usar una expresión frecuente en otros textos sobre el tema, ¿en abrir un “seminario con pretensiones”, una

especie de convento extendido? Ese era el temor de muchos católicos laicos, a quienes se les pedía contribuir a la causa, quienes veían en los jerarcas una voluntad de crear un claustro cerrado para salvaguardar a los feligreses de lo que pasaba en otros lugares, como la universidad protestante Trinity College Dublin (fundada por la reina Isabel I en 1592) o la nueva, secular, Queen’s Colleges (reina Victoria, 1845), y de otras más al sur de las Islas Británicas. Newman dice que, por supuesto, la nueva universidad irlandesa, por su denominación, existe como parte de la comunidad de la Iglesia, pero existe para un propósito de formación y cultivo del intelecto, y su carácter académico debía ser respetado: “[si el objeto fuera] el entrenamiento religioso, no veo cómo puede ser la sede de la literatura y la ciencia”. Esta línea la pronunció después de decir “si el propósito fuera el descubrimiento filosófico o científico, no veo cómo una Universidad debería tener estudiantes”, lo cual ha sido malinterpretado posteriormente por aquellos que dicen que Newman se oponía a la investigación y concebía exclusivamente la docencia. Evidentemente en su momento, las instituciones no estaban, como ha sucedido un siglo después, clasificándose en índices de producción científica asimilable a laboratorio, experimentos, resultados publicados. Él equiparaba la significación e impacto de un imperio en la historia política con el que tenía la universidad en la esfera de la investigación, y sentó las bases para la creación de institutos especializados de ciencia, tecnología, arqueología y medicina cuyo “valor era intrínseco”, tuvieran o no estudiantes en clases continuas, al mismo tiempo que reivindicaba la labor del maestro en el aula y más aún de la tutoría: la relación diaria de los tutores con los estudiantes, en un clima de comunidad intelectual: “Un sistema académico sin la influencia personal de maestros sobre sus pupilos, es un invierno ártico; crearía una universidad helada, petrificada, forjada en hierro, y nada más”.

Para aquellos prelados que ya había hecho preocupar con sus reflexiones sobre la teología en el campus, fue un motivo más de sobresalto el hecho de que Newman no solamente

importaba hacia Irlanda los fundamentos y algunos modelos de universidades católicas del continente, como la de Lovaina, sino que también importaba la práctica tutorial dedicada, exigente, continua, individual, que era insigne en las protestantes Oxford y Cambridge. Nada de esto era casual, el cardenal lo venía meditando y dándole forma desde su propia experiencia en Oriel College y durante sus viajes por el continente europeo. La búsqueda de la verdad, de la mano de un intelecto robusto sin dejar de ser versátil, eran principios que Newman se tomaba con gravedad en su noción de universidad católica. Esta es la razón, entre otras, por la cual la lectura de sus textos incomoda actualmente en algunos sitios por donde gobiernan monseñores y se cobra por educación con sello católico y bendición papal, porque allí el objetivo de la educación se ha diluido entre una mezcla de mediocridad y de faltar a la verdad en más de una manera, como señala acusatoriamente el sacerdote Edward T. Oakes en un ensayo publicado en *First Things* en 2015: el ideal de “la fe que busca entendimiento” se ha olvidado, se trata con desdén o directamente se rechaza, mientras algunos miembros de la supuesta comunidad académica tampoco entienden ni acatan el Magisterio y proceden a difundir una teoría propia, inconexa, de la revelación en el sentido teológico y filosófico. Cuando esto sucede, dice el jesuita, la escuela en cuestión “no es católica, diga lo que diga el catálogo”.

Newman previno acerca de uno de los problemas que hoy aquejan a las universidades, con el incremento de programas con título, de la urgencia por atrapar a más estudiantes que se matriculen, y es la propagación de ramas muy especializadas que pierden de vista el sentido del todo de la universidad. Él imaginaba un sistema mediante el cual distintas ramas del conocimiento contribuían a la educación integral, el cual era amenazado por quienes, perteneciendo a una rama únicamente (más aún si esta tiene importancia alta en el conjunto de estudios) se podían convertir en “fanáticos, charlatanes que desprecian todos los principios y hechos reportados que

Entre más ignorante sea un especialista en un tema fuera de su terreno, más tendencia a imponer su punto de vista, a dogmatizar, en detrimento de la interdependencia que debería dominar en el campus.

no hacen parte de su interés”. Entre más ignorante sea un especialista en un tema fuera de su terreno, más tendencia a imponer su punto de vista, a dogmatizar, en detrimento de la interdependencia que debería dominar en el campus. Así, el especialista corre el peligro “de permanecer absorto y cercado en su único tema, y en dar cátedras que no son más que las cátedras de un abogado, médico, geólogo o economista político” que no se ha tenido que medir con profesores de otros campos de estudio y no ha ganado la “iluminación especial y apertura de mente y libertad” que esto implica, de tal manera que pueda tratar su propio tema “con la filosofía como recurso, la cual no pertenece a su conocimiento específico, sino a [la] educación liberal”.

Cuando dejó Irlanda, tras cuatro años, Newman regresó a Inglaterra, en donde había fundado en 1848 la comunidad *Oratory* en la ciudad de Birmingham, en donde los sacerdotes no eran ni monjes ni frailes pero compartían la vida religiosa. Sobrevendrían nuevas disputas, entre los Oratorios de Birmingham y el de Londres, y otras tanto teológicas como eclesiásticas que tuvo que librar. Pero hacia la década de 1860, su destino empezó a mostrar un rostro más bondadoso que redundó en creatividad. En 1865 escribió el celebrado poema devocional *The Dream of*

Gerontius y el año anterior había publicado la que sería su autobiografía espiritual *Apologia pro vita sua* (“Una defensa de mi vida”), en la cual explicaba y defendía el proceso de su conversión, habiendo sido evangélico los primeros años de su vida, se hizo anglicano a los quince años y católico a los cuarenta y cuatro; y el camino teológico que había recorrido desde que iniciara, décadas atrás, el llamado Movimiento de Oxford que abrió paso al anglocatolicismo. En 1879 fue nombrado cardenal. El lema que acompañó su escudo de armas fue *Cor ad Cor Loquitur* (“El corazón le habla al corazón”).

The Idea of a University no tuvo en su momento el amplio recibimiento que su autor hubiese querido, pero el interés por ambos ha ido en aumento paulatino con el tiempo y hoy, lectores de muy diversos orígenes, intereses y conocimientos descubren una y otra vez lo que las palabras del cardenal de tantas batallas y discursos tienen de resonancia en las universidades del tiempo presente, tanto aquellas que tienen larga tradición como las que apenas la están construyendo. En unas y otras cabe preguntarse, recordando a Newman, sobre la mente liberalmente educada de verdad, que en sus palabras:

Ha sido disciplinada con la perfección de sus poderes, que conoce, que piensa mientras conoce, que ha aprendido a fermentar la densa masa de hechos y eventos con la elástica fuerza de la razón; este intelecto no puede ser parcial, no puede ser exclusivo, no puede ser impetuoso, no puede estar perdido, no puede sino ser paciente, compuesto y majestuosamente calmo.

Las personas, observaba el cardenal, comúnmente piensan que porque están familiarizadas con las palabras, entienden realmente lo que significan. La universidad del siglo XXI está sometida a debates dispares. Es lo más deseable entonces que sea en ella misma en donde se conozca la idea principal de su definición y propósito. Finalmente, la Universidad con mayúscula que defendió Newman debe “elevar el tono intelectual de una sociedad” y esto, para empezar, no es poca cosa. **U**

Referencias

- Todas las fuentes disponibles en línea consultadas por última vez el 14 octubre 2018.
- Deboick, S. (2010). Newman suggests a university's 'soul' lies in the mark it leaves on students. *The Guardian*. <https://bit.ly/2KYqhtS>
- Lukianoff, G. y Haidt, J. (2018). *The Coddling of the American Mind: How Good Intentions and Bad Ideas Are Setting Up a Generation for Failure*. Nueva York: Penguin Press.
- Ker, I. (2010). *John Henry Newman*. Oxford: Oxford University Press.
- Ker, I. (2011). Newman's Idea of a University and its Relevance for the 21st Century. *Australian Journal of Theology* 18(1). <https://bit.ly/2POo5bE>
- Muller, M. (2015). Newman, Imagination, and the Idea of a University. *Newman Studies Journal* 12 (1), págs. 43-56. <https://philpapers.org/rec/MULNIA-4>
- Newman, J. H. (1995). *Apologia pro Vita Sua*. Londres: Penguin Classics.
- Newman, J. H. y Oesman, H. (Ed.) (2016). *The Idea of a University: New Revised and Annotated Edition*. Scotts Valley, California: CreateSpace Independent Publishing Platform.
- Oakes, E. (2011). *Newman's Ideal University*. First Things. <https://www.firstthings.com/article/2011/03/newmans-ideal-university>
- Pluckrose, H., Lindsay, J. y Boghossian, P. (2018). *Academic grievance Studies and the Corruption of Scholarship*. Areo. <https://bit.ly/2zObwaX>
- Society for the Study of Cardinal Newman. *Some major ideas and themes from Newman's reflections on the University*. <http://www.cardinalnewmansociety.net/university.html>



Lina María Aguirre Jaramillo

Doctora en literatura y periodista. Docente e investigadora sobre temas relacionados con literatura, viajes, arte, ciencia y comunicación. Autora del libro *Por curiosidad* (2016). Es miembro del Grupo de Estudios Literarios (GEL) de la Universidad de Antioquia.